

El profesor de Religión y su labor interdisciplinar

Eduardo MALVIDO

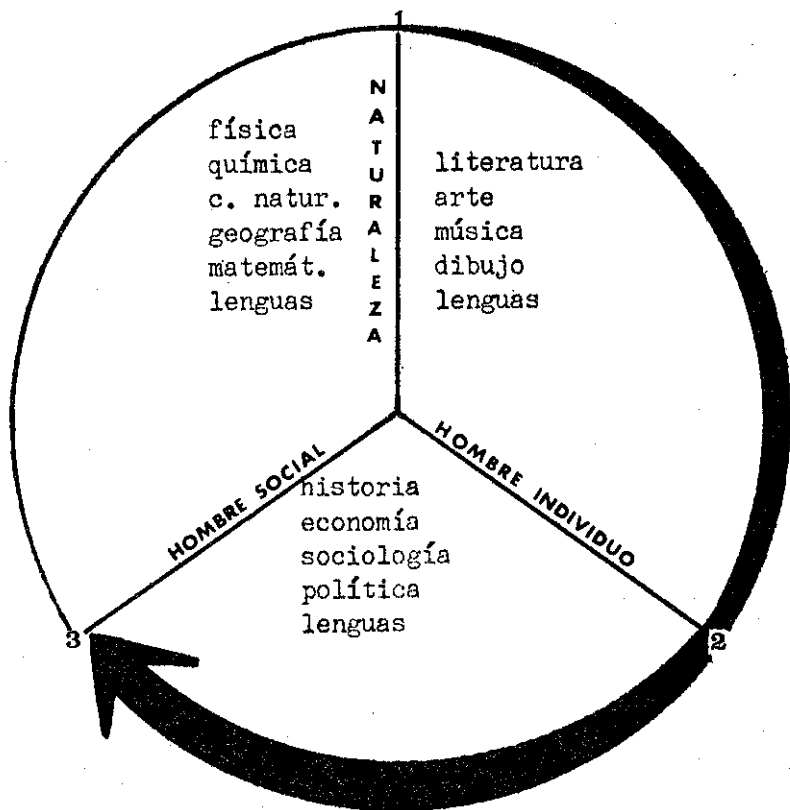
¹ Cfr. artículo «¿Puede hablarse de unidad entre las asignaturas de un programa?», de E. MALVIDO, en el libro colectivo *La relación fe-cultura en la actual situación educativa*, Ed. «San Pío X», Madrid, 1981, págs. 75-104.

Damos por supuesta la interdisciplinaridad de las asignaturas¹. Aquí tan sólo pretendemos destacar aquellos puntos que, según nuestro modo de ver las cosas, son decisivos para que el profesor de religión lleve felizmente a cabo su misión interdisciplinar. Antes de indicar la metodología concreta que se ha de seguir para lograr tal objetivo, vamos a poner bien en claro la orientación existente entre las disciplinas «profanas» y la fe, y viceversa. Es sumamente importante que se tenga en cuenta y respete escrupulosamente dicha orientación. De lo contrario, ya desde el principio se malogrará la función interdisciplinar que el profesor puede ejercer desde su clase de religión. ¿De qué orientación se trata?

I. HAY QUE RESPETAR LA ORIENTACION DISCIPLINAS → FE

Comencemos diciendo que las diversas materias no nos llevan por sí mismas y sin más a la experiencia de Dios. Las materias escolares son, desde el punto de vista religioso, unas referencias abiertas sí a la complejidad, incluso a la pregunta por la Trascendencia, pero, de hecho, son referencias confusas, ambiguas, manipulables.

Exponemos a continuación, de modo ordenado, las disciplinas que intervienen o que pueden intervenir en la enseñanza.



Como se ve, hemos agrupado las asignaturas según estos ejes de referencia temática: la naturaleza, el hombre individuo y el hombre social.

En lo relativo a las lenguas, hemos insertado en cada uno de los tres grupos mencionados, de acuerdo con la triple función que Karl Bühler distingue en el lenguaje, a saber: la función representativa, la función expresiva y la función comunicativa². Opinamos que esta triple distinción guarda relación respectiva con nuestros grupos de naturaleza, hombre individuo y hombre social.

En cuanto a las matemáticas, ni que decir tiene que, como instrumento abstracto y exacto que son, deben inscribirse en el grupo de las ciencias experimentales.

² K. BÜHLER: *Teoría del lenguaje*, Ed. Selecta de Revista de Occidente, Madrid, 1967, 622 págs.

En el cuadro de materias expuesto se habrá observado la presencia de una flecha que engrosa al dirigirse al campo número 3. Con el trazo progresivo de engrosamiento hemos querido poner de relieve la mayor complejidad que la realidad adquiere a medida que se adentra en lo humano.

En cuanto la materia se va «complicando», más cabida tiene la filosofía en el estudio de la realidad. La filosofía es, ciertamente, una asignatura. Pero la filosofía es mucho más que una asignatura concreta: es toda una actitud reflexiva, crítica, inquisitiva... que debe asomar en el tratamiento de cualquiera de las materias que hemos señalado en el cuadro precedente. Por esta razón, no hemos dado a la filosofía ninguna ubicación dentro de los tres campos. La filosofía viene a coincidir con la misma flecha que cruza los tres campos y en la medida del grosor que adquiere a través de los tres campos.

Cualquier aspecto de la realidad es más complejo que lo que las ciencias nos dan a entender. Si el agua es, como dice K. Rahner, mucho más que H_2O^3 , el hombre queda mucho menos definido con decir de él que es un animal bípedo. Aquí es donde debe intervenir la filosofía: para hacer ver que la realidad es mucho más complicada y maravillosa que las descripciones exactas y completas de las ciencias experimentales.

A la luz de la señalada actitud filosófica, la realidad queda relativizada y abierta a los ojos de maestros y alumnos. A partir de semejante actitud, surge espontáneamente la pregunta por el más allá de la misma realidad observable y verificable. Se abre sugeridoramente la pregunta religiosa. Pero repitámoslo una más con el fin de no engañarnos y de no engañar a nadie: se trata de una pregunta tenue, confusa, ambigua, quebradiza. Ni más ni menos.

Si es cierto cuanto aquí venimos diciendo, es muy importante ver si el profesor de religión respeta la orientación existente entre las disciplinas escolares y la fe. Cosa parecida se puede decir de la conducta observada por el maestro cristiano en su clase de historia, de ciencias naturales... Tanto uno como otro presentarán un mal servicio a la fe cristiana si convierten las materias «profanas» en instrumento apologético. Tal aprovechamiento religioso de las disciplinas no deben hacerse nunca. La razón es muy simple: porque la orientación disciplinas → fe cristiana no va por el camino conclusivo de la apologética.

³ K. RAHNER: «Sacerdote y poeta», en sus *Escritos de teología*, t. III, pág. 333, Ed. Taurus, 1961.

II. HAY QUE RESPETAR LA ORIENTACION FE → DISCIPLINAS

Lo peculiar de la fe cristiana no es la idea de la paternidad de Dios respecto de los hombres, ni el principio de actuación del «amaos los unos a los otros», ni el Nuevo Testamento en cuanto libro... Lo distintivo del cristianismo es una persona: Jesucristo.

«¿Qué es lo peculiar del cristianismo? La respuesta inmediata, no más que bosquejada, pero adecuada y exacta, tiene que ser ésta: según el testimonio de los orígenes y de toda la tradición, tanto de los cristianos como de los no cristianos, lo peculiar del cristianismo es... ese mismo Jesús al que en las lenguas antiguas y modernas se le llama Cristo»⁴.

⁴ H. KÜNG: *Ser cristiano*, Ed. Cristiandad, 1977, pág. 150.

Este hecho de estar basado el cristianismo en una persona repercute —tiene que repercutir— en la orientación fe cristiana → disciplinas que se plantea en la clase de religión.

Aquí nos encontramos con una orientación distinta de la que se da desde las disciplinas académicas a la fe. Si en el sentido de las disciplinas → fe teníamos una orientación confusa, ambigua y fácilmente manipulable, en el sentido de la fe cristiana → disciplinas tenemos una orientación concreta, unívoca e insobornable. La diferencia radica en que esta última orientación se realiza a la luz y desde la perspectiva de la persona de Jesús de Nazaret.

En cuanto a la justificación racional de esta orientación, precisamente porque dicha orientación se basa en una realidad personal, no puede llevarse a cabo con la misma seguridad que se observa en la orientación disciplinas → fe cristiana. Dentro de sus grandes limitaciones, la orientación materias académicas → fe cristiana discurre con todo rigor racional. En el caso de partir de la persona de Jesucristo, se ha de proceder «personalmente», «integralmente», «vitalmente», más que racionalmente, analíticamente, teóricamente.

No hay que olvidar nunca las características propias de la clase de religión cristiana. La clase de religión no es —no puede serlo— una clase como las otras. Eso de pretender convertir la clase de religión cristiana en cultura religiosa, además de ser un cuento la mar de irreal, equivale a invertir la orientación de la fe cristianas → disciplinas en esta otra: disciplinas → fe cristiana, con lo que nos quedamos con una orientación de escaso y de ambiguo alcance.

Hemos dicho más arriba que en la orientación fe cristiana → disciplinas no es posible proceder con la seguridad con que se procede

en el tratamiento de las materias académicas. Pero esta afirmación no significa en modo alguno que la clase de religión no tenga ningún rigor racional. Sencillamente se trata de otra clase de rigor: el que puede darse en algo que tiene que ver con el sentido de la vida. Aquí el rigor hay que valorarlo no tanto en el «discurrir» científico, en la andadura minuciosa, en el análisis detallado, sino sobre todo en la globalidad y coherencia que la respuesta dada desde Jesucristo guarda con los problemas humanos de la vida.

En la relación fe → disciplinas que tiene lugar en la clase de religión, la palabra cristiana deberá responder al cuestionamiento humano con acierto y con creces. En esta correlación generosa es donde estriba el atractivo del mensaje cristiano. El cristianismo no sólo responde a la búsqueda humana, sino que la búsqueda humana se agranda hasta límites insospechados en la respuesta cristiana. Tal engrandecimiento no tiene lugar, sin embargo, en el firmamento azulado de las ideas, sino en la realidad concreta e histórica de Jesucristo.

Como se comprende fácilmente, esta presentación de la palabra cristiana en la clase de religión implica toda una metodología, que vamos a esbozar en el punto siguiente.

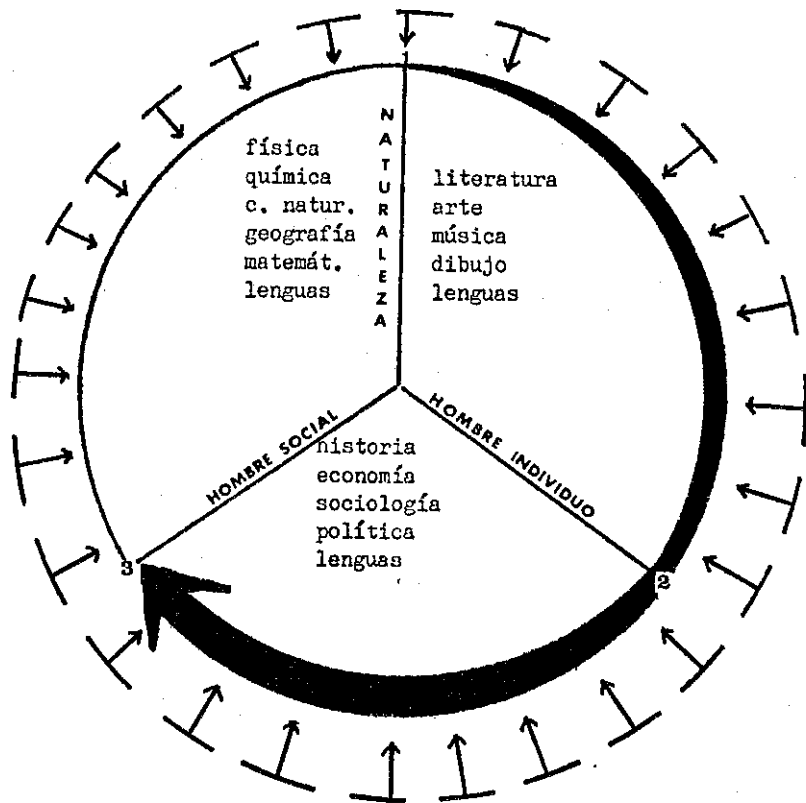
III. COMO REALIZA EFICAZMENTE EL PROFESOR DE RELIGION SU LABOR INTERDISCIPLINAR

Vamos a concretar en tres puntos la labor interdisciplinaria por parte del profesor de religión.

1. En primer lugar, el profesor de religión tiene la oportunidad de desarrollar su labor interdisciplinaria intentando responder desde la fe a la problemática proveniente de las disciplinas.

Claro está que el profesor de religión no tiene por qué recoger en su clase los datos concretos del saber de las diversas asignaturas. Pero sí que debe sacar a relucir la problemática humana de fondo, la pregunta penúltima o última, que apunta en las diferentes disciplinas. Las matemáticas, la química, la historia, la literatura... reflejan preocupaciones, intereses, que trascienden su respectivo objeto de estudio. Esta dimensión filosófica de las disciplinas es lo que tiene que aflorar en la clase de religión.

Vamos a visualizar un poco más lo que estamos diciendo. Para ello vamos a servirnos del dibujo ya expuesto.



Respecto del dibujo primero, este segundo dibujo tiene como novedad el círculo punteado que representa precisamente a la clase de religión. Con ello se quiere indicar gráficamente que la religión cristiana se relaciona con los saberes escolares no de una manera directa, sino de manera indirecta, a través de la perspectiva filosófica, que en el dibujo está representada por la flecha.

El profesor de religión, en esta relación indirecta con las materias académicas, deberá ser muy equilibrado a la hora de señalar los valores y los límites de las ciencias humanas. Para hacer ver la aportación del mensaje cristiano a la búsqueda del saber científico no tiene por qué destacar tan sólo las insuficiencias y los fracasos de tal búsqueda. Como tampoco tiene por qué ensalzar tanto los logros de las ciencias que dejan suponer que son auto-suficientes en todos los aspectos de la vida de los hombres.

2. Otro modo de ejercer la función interdisciplinar por parte del maestro cristiano consiste en que sea uno mismo el profesor de religión y de las otras materias, ya sean de ciencias o de letras. Creemos que ambas funciones se complementan maravillosamente.

Si el maestro se limita a ser en las materias escolares testimonio vivo de la orientación disciplinas → fe cristiana, en este caso su testimonio, además de ser algo complejo y ambiguo, no traduce bien la tendencia y las exigencias culturales del cristianismo, de la propia fe cristiana.

Si, por el contrario, el profesor de religión se limita a la clase de religión, entonces es fácil que incurra en el desconocimiento y en la desconsideración reales respecto del saber profano, con lo que la relación fe cristiana → disciplinas corre serio peligro de quebrarse.

Ciertamente, para ejercer ambas funciones, el profesor deberá prepararse debidamente. La cantidad de años que ello comporta ha creado la separación de funciones: por un lado, tenemos entonces al profesor competente en materias profanas, pero que como creyente aparece ante los alumnos como creyente silencioso y casi analfabeto en materias religiosas; por otro lado, está la figura del que es sólo profesor de religión que teme entrar en contacto con las disciplinas escolares porque ha olvidado ya hasta los conocimientos básicos que se exigen a cualquier ciudadano.

Con la unificación de ambas funciones en la misma persona, la interdisciplinaridad sale ganando considerablemente, ya que en la orientación disciplinas → fe cristiana, ya sea en la orientación fe cristiana → disciplinas académicas. Siempre, claro está, que se respeten esas dos orientaciones distintas.

3. He aquí un tercer modo de incrementar la interdisciplinaridad: en la marcha del curso puede ser muy valioso el que se tengan sesiones de interdisciplinaridad donde intervengan la religión cristiana al lado de las otras asignaturas. ¿Por qué puede ser esto algo muy valioso?

Pues porque así algunos temas de la vida aparecen en toda su complejidad. La realidad de la vida no es tan simple como las ciencias nos la presentan muchas veces. Dejando como teóricamente irresolubles las fronteras distintivas de lo natural y de lo sobrenatural, de hecho, hay temas escolares cuyo tratamiento acabado exige la participación de las disciplinas profanas y de las disciplinas sagradas. Las sesiones interdisciplinares pueden hacer visible a los alumnos la grávida complejidad de dichas materias.

Podemos también señalar la ventaja que representan estas sesiones de interdisciplinaridad para mostrar la relación existente entre las asignaturas profanas y la religión cristiana. Dicha relación intuitiva quiere decir sencillamente que la cultura y la fe, aunque no pertenezcan al mismo orden, pueden entrar en contacto requeridas por instancias que desbordan su estricta jurisdicción.

Finalmente, las sesiones de interdisciplinaridad ofrecen el bonito espectáculo de un grupo de profesores unidos por preocupaciones comunes, preocupaciones que inciden en las disciplinas profanas y en las sagradas.

* * *

Estas son las observaciones metodológicas que se nos ocurren respecto del tema del profesor de religión y su labor interdisciplinar. Analizándolas un poco detenidamente, salta a la vista que la primera de las observaciones queda dentro de la clase de religión y es aplicable a cualquiera que sea profesor de religión.

La segunda de las observaciones va más allá de la clase de religión. Se extiende a las otras clases. Pensamos que en ambos campos —en el de la clase de religión y en el de las materias dichas profanas— es como más variada y completamente puede el maestro cristiano ejercer su labor interdisciplinar.

Finalmente, con la tercera observación extendemos a otros profesores la actuación interdisciplinar que la religión cristiana está llamada a desempeñar en el marco escolar.

La identidad del profesor de Religión en BUP

Lluís DIUMENGE

Es difícil para nosotros hablar de los jóvenes, tan móviles, tan variados, herederos sin herencia, constructores sin modelo, viajeros sin billetes ni equipajes: les miramos al modo de un etnólogo que describe una tribu lejana y salvaje. Es difícil para nosotros hablar de los jóvenes porque a penas vivimos con ellos o no conocemos más que a los 'bien alineados': según la especie encontrada, podemos resultar o demasiado optimistas o demasiado pesimistas. Card. ETCHEGARAY en el *IV Symposium de Obispos de Europa*.

¿En qué crees? ¿Qué consecuencias se derivan de tu fe en el vivir diario? ¿Cómo asumes la responsabilidad en tu coordinada espacio-temporal? Acaban de interpelarme. Para que describa en primera persona la silueta del profesor de Religión en BUP.

¡Todo un desafío! En un momento particularmente crítico a nivel nacional, eclesial y personal. Subrayo exclusivamente el último. Después de doce años de vivir a tope con adolescentes y jóvenes tengo que interrumpir mi trayectoria cerca de ellos. Razón que impera para aprovechar la oportunidad.

Mi pensamiento podría circunscribirse a la siguiente tesis:

El profesor de Religión en BUP es y actúa como educador, en medio del mundo juvenil, para conseguir el encuentro interpersonal que desemboque en la comunidad cristiana como punto de referencia.

El objetivo de esa breve reflexión apunta a desglosar las cuatro partes de la tesis.

1. SER Y ACTUAR COMO EDUCADOR

La calidad educativa reivindica el protagonismo del estudiante. En consecuencia, la relación 'profesor-alumno' debe abordarse con la mentalidad de quien aspira a vivir una auténtica aventura interior. El maestro precisa, ante todo, revestirse de *autenticidad*: personalidad real, genuina, sin doblez ni fachadas, con sentimientos y actitudes abiertos a su propia conciencia, transparentes en su pedagogía relacional, confiriendo primacía a la persona sobre las cosas.

Ser y actuar como educador —aparte de los conocimientos/técnicas por adquirir— implica la manifestación leal de sus experiencias de fe, la capacidad para vivir honradamente al servicio del diálogo que se realiza entre Dios y el hombre en Jesucristo. Únicamente quien es auténtico capta las tonalidades que le diferencian de sus educandos. Intuye cuán urgente sea *sumergirse 'en el otro'*. En los jóvenes, para percibir, a través de un diálogo constante, *la invitación a mirar y a escuchar, a analizar y a comprender, a avanzar y a inventar, a crear y a imaginar, a creer...*

El nivel de acción, enraizado en *autenticidad y diferencia*, persigue promover seres capaces de vivir y comprometerse como personas. Con un elenco de actitudes a privilegiar: experiencia, percepción, creatividad, autoevaluación, confianza en sí, espontaneidad, espíritu de aventura...

Gama de objetivos-tendencia que discurren por la previa *aceptación de los discípulos*, así como por la *comprensión de sus sentimientos*. Bañado todo ello por el mar de la *escucha y el diálogo*.

La persona capaz de sentir y comunicar aceptación auténtica hacia otro, resulta agente eficaz de ayuda. La aceptación incondicional propicia un tipo de relación que permite a la persona crecer, desarrollarse, conseguir cambios constructivos, resolver problemas y potenciar al máximo sus posibilidades.

Quien se siente aceptado en su realidad infantil o adolescente, utiliza su libertad para empezar a pensar sobre cómo quiere cambiar, madurar llegar a ser alguien. Confía ilimitadamente en sus posibilidades. Apunta al norte de su propio camino.

La aceptación se asemeja a la tierra fértil que permite que una delicada semilla se convierta en la flor que es capaz de ser. La tierra sólo permite que la semilla se convierta en flor. Libera la fuerza de crecimiento de la semilla, pero toda la capacidad se encuentra dentro de ésta. La persona joven envuelve dentro de

sí innúmeras potencialidades. La aceptación desempeña el papel de tierra fértil. Permite al individuo expresar cuanto lleva dentro.

El lenguaje de la aceptación impulsa a los adolescentes a compartir sus sentimientos y sus problemas. Son capaces de decir lo que más les preocupa. Sienten que padres y profesores les aceptarán sin importar nada lo que diga o piensen. La cerrazón y el miedo, por el contrario, reflejan una actitud inquisitorial.

En cifra, hay que respetar al máximo la originalidad de cada persona, saber esperar eternamente sin condenar jamás, amar en profundidad... Sólo así se revelarán al adolescente los rasgos del rostro de Dios que respeta, confía y ama al hombre.

La aceptación camina del brazo de la *comprensión empática*. Comprender a través de otros ojos, no mediante una comprensión evaluativa. Saber leer en la realidad adolescente, contemplando su misterio, sin juzgar ni condenar. Acertar a interpretar las grandes aspiraciones que laten o pueden surgir en su interioridad.

El principio fundamental en que descansa la acción educativa consiste en creer que ellos y ellas son capaces de autodesarrollarse plenamente.

¹ Michel BARLOW: *Diario de un profesor novato*. Sígueme, Salamanca, 1977, p. 142.

«Como siempre, el secreto consiste en *escuchar y dialogar*»¹. Punto éste en que muchos adultos, con enormes quiebras para el diálogo, honran el apelativo de «carrozas» que les dan. Porque su personalidad cristalizó en un medio autoritario cuando no autosuficiente. Son incapaces de tender puentes de comunicación o de abrir la puerta de la confianza. Y esto lo perciben sagazmente quienes como María José escriben que no encuentra personas «decididas a escucharme, cosa la de ser escuchado, de la que creo no mucha gente disfruta en Barcelona y otras muchas ciudades».

Hay más riqueza en aquellos que escuchan que no en quien habla. Este último sólo anuncia lo que los otros ya saben a partir de la vida.

El Instituto de Sociología y Psicología Aplicadas hizo, en 1979, una investigación sobre la comunidad educativa de los Colegios La Salle de Cataluña. Respondieron a la encuesta 2.633 alumnos, 591 profesores y 2.559 padres. La cualidad que los alumnos más valoran en sus profesores es la de *abierto al diálogo y comprensivo*. El 54 por 100 que obtiene dicho ítem destaca amplísimamente sobre los dos siguientes de *dedicado a su tarea y justo* con el 12 por 100 respectivamente².

² Cf. *Síntesis*, p. 18.

El profesor y, mucho más, el catequista de BUP ejerce la función de zahorí que descubre aguas subterráneas mediante la varilla dialogal. No se trata de un saber aprendido ni de un saber decir sino del arte de detectar las fuentes en ellos mismos y de dar pie a su admiración ante la novedad evangélica.

2. EN MEDIO DEL MUNDO JUVENIL

Los jóvenes se preguntan si la generación adulta es capaz de abandonar sus dogmatismos y seguridades para compartir con ellos la reflexión en torno a la incertidumbre del presente. Un profesor que les evoque su juventud pretérita se les antoja como un zulú que hablara de la selva.

Quien acepta estar con ellos —sin dimitir de su condición— puede convertirse en catalizador de un clima de libertad y caridad, distintivo de la escuela católica. Su presencia en el grupo es más fraternal que magisterial. Tiende a provocar iniciativas y está disponible a cuanto le sugieran. Gasta sus horas y convive con esos muchachos que aspiran a construirse en la socioesfera de 'la tercera ola'.

Ninguno de ellos se cree maduro ni, mucho menos, perfecto. Deben culminar el boceto de su personalidad. Su mente, alborotada por impresiones en cascada, pugna por autocomprenderse y llegar a construirse. Entregados al confort de la civilización opulenta, ¿serán capaces de dominarlo o privarse de él? Orientados por el saber hacia el dominio del mundo ¿encontrarán en la técnica ayuda para concentrarse en contemplación y descubrir una salida trascendente ante las vicisitudes terrestres? ¿Deberán renunciar a ser ellos mismos y a vivir el encuentro interpersonal, la gratitud, el amor, la reconciliación... para convertirse en piezas de un engranaje productivo?

He aquí el reto: ¿qué actitud humana adoptarán frente a la sociedad tecnológica?³ Agudamente observó Jaspers que «sin ser la causa de todo, la técnica lo ha modificado todo». Conlleva un notorio estímulo de actividad pero supone correlativamente la hipertrofia del tener sobre el ser, de la posesión sobre la relación. Ciencia y técnica tienden a constituir un universo cerrado y autónomo, pero vacío de cuestiones de sentido último. Responden indudablemente a una vertiente de la vocación humana de dominio de la naturaleza pero como toda riqueza, en nuestra condición pecadora, vienen gravadas por una ambivalencia fundamental e involucran grave peligro de cerrazón espiritual.

³ Cf. Jacques RIGA: *Le professeur de Religion face au problème «science et foi»*. *Humanités chrétiennes* 24, 1980-81, 268-281; R. TROISFONTAINES: *Les conditions d'une parole chrétienne dans un monde technologique*, *id.*, pp. 322-346.

Punto éste que suscita múltiples interpelaciones al profesor de Religión quien se encuentra encarado con una pastoral de incertidumbre. Cada uno, en el misterio del diálogo personal con Dios, inventará acciones puntuales que salvaguarden las ventajas incalculables de la técnica sin permitir que se vuelvan contra el hombre. Unir técnica y espiritualidad: algo más que un objetivo.

Particularmente grave es cuanto afecta al sector de la fe. Creer hoy resulta problemático. O, por lo menos, creer en las formas en las que aprendimos que había que creer. Estar y vivir en un mundo tecnocientífico equivale a descubrir que no soy cristiano de una vez por todas. Llego a ser cristiano a través de un largo proceso. Porque la fe no es una manera de mirarse en un espejo para contemplar en él su alma hermosa o sin recordamientos, para descubrir objetos de fe que, a menudo, no hacen más que remitirnos nuestra propia imagen.

Esto que resulta totalmente válido para el educador, lo es inmensamente más para el adolescente. Accederá a la fe, gradual y lentamente, si *la catequesis* se concibe como proceso. ¿Por qué, a veces, tenemos tanta prisa en evaluar la fe de los chicos? ¿Cabén en un educador que sepa lo que se lleva entre manos, expresiones como «son unos incrédulos, unos ateos...»? ¿Por qué rasgarse las vestiduras si «pasan» de los preceptos de la Iglesia y viven al margen del «tinglado institucional»?

Los amigos y amigas del BUP puede que lleguen a ser cristianos. Pero no a cualquier precio ni de cualquier modo. A partir de la situación que, más o menos, han escogido. Del conjunto de elementos que configuran su presente como hombres o mujeres, su vida familiar, social, educativa... En suma, del modo como asuman toda la antropología humana.

Mientras, requieren una actitud testimonial y beligerante por parte de quienes nos proclamamos creyentes. La fe no se demuestra. Es demasiado misteriosa. Se vive. La fe, para que sea viva, ha de transmutarse en palabra. No podemos vivir humanamente, si la vida no llega a ser conciencia. Y lo que es consciente tiende a expresarse. Aquí se impone un serio examen de conciencia. Porque, como proclamaba el Cardenal Tarancón en su último discurso como Presidente de la Conferencia Episcopal española: «parece que nuestro cristianismo se ha hecho tímido, triste, como si no tuviera nada que decir al mundo de hoy ni nada que hacer en el ambiente cultural y social de nuestros días».

Harto fácil resulta criticar a las generaciones que suben. Cuando

lo que verdaderamente importa es la autocrítica de quien, humildemente, se reconoce culpable. Por no haber ofrecido una imagen más gozosa del cristianismo, por no haber sembrado la buena nueva de la salvación y, finalmente, por no haber participado en el periplo de la fe con aquellos y aquellas que el Señor cruzó en su camino.

3. PARA CONSEGUIR EL ENCUENTRO INTERPERSONAL

El catequista *es* un creyente que está con el grupo, en mi caso, de adolescentes. Denuncio y descarto, por sutiles que sean, todas las formas de presión o de «comer el coco», así como la lejanía respecto del educando.

Tan sólo cabe una actitud. La de *cercanía y comunión* que posibilita un estilo educativo personalizado, no-directivo, liberador.

El profesor ideal deberá ser capaz de comprender el diferente modo de percibir el mundo que tienen las diversas personas, según su edad y la etapa evolutiva en que se encuentran, y la forma en que esas percepciones individuales son afectadas por las diferencias socioculturales y por las mismas variaciones o dificultades del individuo.

Apremia en este vector entrar en sintonía con las personas. Posibilidad que reivindica, en primera instancia, la capacidad de *comunicarme correctamente conmigo mismo*. Para ser consciente de mi agresividad o inseguridad. Ser auténtico supone, en principio, aceptarse y promover consideraciones positivas hacia los demás. Para entrar en la subjetividad del otro mediante la llave de la comprensión empática.

La comunicación, como todo fenómeno humano, admite ciertos niveles. Puede ser *superficial*, como la de quien aporta datos de información, o *algo más seria* si en vez de facilitar sólo datos, toma partido ante ellos. A menudo, por desgracia, la escuela que conocemos se preocupa, casi en exclusiva, de trabajar a este doble nivel. Hay que alumbrar un nuevo tipo de escuela que se convierta en lugar donde se suministren oportunidades para aprender la creatividad en vez de proporcionar conocimientos manufacturados.

La comunicación *en profundidad* culmina en encuentro interpersonal, esto es, en el gesto de darse al otro con ocasión de la comunicación de un valor descubierto, vivido, buscado, o al menos

invocado como deseo, esperanza o anhelo de la propia vida. Equivale a intercambiar sobre lo más valioso: nuestras razones de vivir. El motivar, interpretar, desarrollar en el estudiante una estimación realista de sí mismo y una autoconfianza, así como la aptitud para autoevaluarse, deben ser las tareas más eficaces del profesor.

A este nivel de hondura, libre y secreto, advertimos un signo de aprecio, de confianza en el otro. Es todo un modo de entrega personal y gratuita que conduce al encuentro interpersonal y a compartir experiencias vitales. Reciprocidad o comunión en la libertad y el amor que algunos teólogos han elevado a la categoría de genuino criterio de moral.

Postura de la que se deducen importantes consecuencias para los niveles escolares de que hablamos. El universo mental de la intersubjetividad presidirá la tarea educativa. Las grandes cuestiones humanas: trabajo, vinculación temporal, cuerpo y deporte, sexualidad y amor, vida y muerte, compromiso y testimonio... deben ser presentadas, según la opción cristiana, en la línea positiva de *Gaudium et Spes*, no como una apologética defensiva.

4. QUE DESEMBOQUE EN LA COMUNIDAD CRISTIANA COMO PUNTO DE REFERENCIA

Los rasgos distintivos del panorama conocido desaparecen, la navegación moral se hace muy difícil, y el temor y la incertidumbre (frecuentemente agudizados por la presencia dominante de aquellos ya familiarizados con la nueva situación y por tanto seguros de sí mismos) provocan un comportamiento hostil y destructivo.

Por esta razón básica, ¿tiene futuro la catequesis sin experiencia de comunidad, como es el caso de la mayoría de las catequesis que conozco?

El punto crítico del problema en torno a la iniciación es el de la maduración personal dentro de la comunidad y en cuanto miembro de esa comunidad. Entender el proceso a través del cual una persona se convierte en creyente adulto y adquiere conciencia de pertenecer a una comunidad de fe. Hay que investigar, al propio tiempo, los significados que para esa persona entrañan los símbolos cristianos en las diversas etapas de su maduración.

La comunidad de referencia se hace presente, en grupo que inicia el proceso de crecer en la fe, por medio del catequista.

lo que verdaderamente importa es la autocrítica de quien, humildemente, se reconoce culpable. Por no haber ofrecido una imagen más gozosa del cristianismo, por no haber sembrado la buena nueva de la salvación y, finalmente, por no haber participado en el periplo de la fe con aquellos y aquellas que el Señor cruzó en su camino.

3. PARA CONSEGUIR EL ENCUENTRO INTERPERSONAL

El catequista *es* un creyente que está con el grupo, en mi caso, de adolescentes. Denuncio y descarto, por sutiles que sean, todas las formas de presión o de «comer el coco», así como la lejanía respecto del educando.

Tan sólo cabe una actitud. La de *cercanía y comunión* que posibilita un estilo educativo personalizado, no-directivo, liberador.

El profesor ideal deberá ser capaz de comprender el diferente modo de percibir el mundo que tienen las diversas personas, según su edad y la etapa evolutiva en que se encuentran, y la forma en que esas percepciones individuales son afectadas por las diferencias socioculturales y por las mismas variaciones o dificultades del individuo.

Apremia en este vector entrar en sintonía con las personas. Posibilidad que reivindica, en primera instancia, la capacidad de *comunicarme correctamente conmigo mismo*. Para ser consciente de mi agresividad o inseguridad. Ser auténtico supone, en principio, aceptarse y promover consideraciones positivas hacia los demás. Para entrar en la subjetividad del otro mediante la llave de la comprensión empática.

La comunicación, como todo fenómeno humano, admite ciertos niveles. Puede ser *superficial*, como la de quien aporta datos de información, o *algo más seria* si en vez de facilitar sólo datos, toma partido ante ellos. A menudo, por desgracia, la escuela que conocemos se preocupa, casi en exclusiva, de trabajar a este doble nivel. Hay que alumbrar un nuevo tipo de escuela que se convierta en lugar donde se suministren oportunidades para aprender la creatividad en vez de proporcionar conocimientos manufacturados.

La comunicación *en profundidad* culmina en encuentro interpersonal, esto es, en el gesto de darse al otro con ocasión de la comunicación de un valor descubierto, vivido, buscado, o al menos

invocado como deseo, esperanza o anhelo de la propia vida. Equivale a intercambiar sobre lo más valioso: nuestras razones de vivir. El motivar, interpretar, desarrollar en el estudiante una estimación realista de sí mismo y una autoconfianza, así como la aptitud para autoevaluarse, deben ser las tareas más eficaces del profesor.

A este nivel de hondura, libre y secreto, advertimos un signo de aprecio, de confianza en el otro. Es todo un modo de entrega personal y gratuita que conduce al encuentro interpersonal y a compartir experiencias vitales. Reciprocidad o comunión en la libertad y el amor que algunos teólogos han elevado a la categoría de genuino criterio de moral.

Postura de la que se deducen importantes consecuencias para los niveles escolares de que hablamos. El universo mental de la intersubjetividad presidirá la tarea educativa. Las grandes cuestiones humanas: trabajo, vinculación temporal, cuerpo y deporte, sexualidad y amor, vida y muerte, compromiso y testimonio... deben ser presentadas, según la opción cristiana, en la línea positiva de *Gaudium et Spes*, no como una apologetica defensiva.

4. QUE DESEMBOQUE EN LA COMUNIDAD CRISTIANA COMO PUNTO DE REFERENCIA

Los rasgos distintivos del panorama conocido desaparecen, la navegación moral se hace muy difícil, y el temor y la incertidumbre (frecuentemente agudizados por la presencia dominadora de aquellos ya familiarizados con la nueva situación y por tanto seguros de sí mismos) provocan un comportamiento hostil y destructivo.

Por esta razón básica, ¿tiene futuro la catequesis sin experiencia de comunidad, como es el caso de la mayoría de las catequesis que conozco?

El punto crítico del problema en torno a la iniciación es el de la maduración personal dentro de la comunidad y en cuanto miembro de esa comunidad. Entender el proceso a través del cual una persona se convierte en creyente adulto y adquiere conciencia de pertenecer a una comunidad de fe. Hay que investigar, al propio tiempo, los significados que para esa persona entrañan los símbolos cristianos en las diversas etapas de su maduración.

La comunidad de referencia se hace presente, en grupo que inicia el proceso de crecer en la fe, por medio del catequista.

Este debe alimentar, cuanto menos, una doble actitud de base. Ante todo, sentirse enviado y en estrecha comunión con la comunidad de referencia. Para formar parte, simultáneamente, del grupo y no estar por encima de él, sino a su servicio, para que éste se exprese y crezca en libertad, evitando el arrastrar al grupo hacia sus propias normas y objetivos, por más apostólicos que sean.

⁴ Véanse las implicaciones que comporta en Rafael BRIONES, *Un decálogo para el catequista actual*. Actualidad catequética, número 99, 1980, 85-94; Angelo VIGANO: *I catechisti per la vita cristiana degli anni '80*. Catechesi 50, 1981/3, 23-46.

Pero debe ser, principalmente, catequista⁴. Su papel no puede quedar reducido a mera animación grupal, por necesaria que sea. Exige muchísimo más. Debe aparecer como un testigo de la vida, del amor, de la alegría que compromete. La fe cristiana es inviable no está arraigada en la experiencia personal y puede apoyarse en el testimonio de otros. Su papel como mediador es imprescindible. A través de su existir se convertirá en guía que inicia a los jóvenes en la vida cristiana, y en apóstol que anuncia el mensaje liberador de Jesús. De esta manera, asume la responsabilidad de garantizar la verdadera fe de los muchachos ante la comunidad.

El trabajo con adolescentes y jóvenes debe apuntar hacia un estilo propio para construir la comunidad a través de la sensibilidad por los problemas de otros, por la urgencia de implicar la vida y la persona en dar una respuesta, por las acciones y prácticas grupales. La identidad cristiana se enuncia caminando. Y con el mismo acto de caminar en seguimiento de Jesús.

La Iglesia debe crecer como *comunión de comunidades* que, plantadas entre los más pobres, viviendo con ellos, luchando con ellos y uniéndose a su suerte, anuncien el Reino como algo próximo y real, haciéndolo presente en la medida en que la comunidad sea capaz de vivir y transparentar el amor fraterno⁵.

Como catequista en medio de los jóvenes valoro el grupo como medio pedagógico para la educación y maduración de la pertenencia eclesial. La experiencia grupal es, a la vez, válida y provisional. Tiene valor intrínseco e importancia inmediata pero requiere asimismo apertura a la comunidad más amplia.

Con todo, la comunidad cristiana no brota por generación espontánea. Hacen falta una serie de elementos configuradores que la constituyen. Primordialmente tres: *la convocatoria* mediante la cual los jóvenes reciben la invitación para encaminarse hacia ella; *el catecumenado* o iniciación progresiva en la fe y *la incorporación* plena al proyecto comunitario.

⁵ Aspecto todavía muy controvertido a nivel de Iglesia universal. Así se desprende del artículo expositivo del P. Giuseppe DE ROSA: *Le «comunità di base» in Italia*. CivCat 132, 1981-I, 221-235. Ciertamente existen lagunas, trampas, lastres. Pero al propio tiempo se columbra, en la pequeña comunidad, una gran luz llena de futuro para la Iglesia. Aleccionador el trabajo de Alberto INIESTA, *Las pequeñas comunidades cristianas, poderosa simiente de esperanza*, Misión Abierta 73, 1980, 628-634.

5. EPILOGO PROVISIONAL

Desencantados, pero no abatidos. Así intitula *Misión Abierta* el número con el que estrena el año 81. En un tiempo de incertidumbre como el que nos toca vivir se deterioran infinidad de aspectos que rozan la identidad cristiana. Con el recorte del horizonte vital, parece inmensamente más difícil acceder a una responsabilidad de educar en la fe. De nada sirve decir que se cuarteen las seguridades de antaño. Urge proseguir la aventura.

Ante mí una postal. Me la dedicaron unas amigas. «Sólo vive de veras... quien jamás se detiene». ¿Qué pretendieron decirme? ¿Para quién hablaban? Me lo he aplicado. Apuesto por el *auténtico* y *diférente* profesor de Religión en BUP.

En un mundo en constante cambio, los adultos tenemos mucho que aprender.

Siempre que acertemos a galvanizar ilusiones, esperanzas, verdades, amistades, amores... Entonces cobrará verismo aquella canción que descubrí en la Eucaristía de Guadalupe (22-II-81): «hay mil razones para contarte mis ilusiones». La *relación de amor* abre todas las puertas del universo juvenil. Orienta sobre las preocupaciones que acaparan el existir. Permite la confianza o la interpelación. «¿Es una herejía, o un pecado, o algo —pregunta Juan Manuel— que yo crea en Dios (o en Jesucristo) pero que pueda pensar que el paraíso esté en la tierra, y que lo tenemos que conseguir nosotros?».

El encuentro personal —en línea con el de Jesús y la Samaritana— presupone vicisitudes únicas. Hay que orquestar todos los recursos imaginables para llegar a conseguirlo. Herman Hesse hablaba de «una salvación estética» y de cómo la tragedia de la vida puede ser superada por el arte. ¿Radicará precisamente aquí, veinte años después de su muerte, la clave de su éxito literario? Otro vagabundo por todas las autopistas de la libertad, Jack Kerouac, asegura que para llegar, para comunicar, hay que asombrar: «No utilices el teléfono. La gente jamás está dispuesta a responder. Utiliza la poesía». El poeta es quien vive la realidad en tensión íntima. Descubre lo que muchos no acertamos a adivinar, pero con lo que coincidimos.

Quien se adentra en el círculo del BUP debe saber del simbolismo y de su significación. Vivir en sintonía con la galaxia Marconi. Sin perder de vista el objetivo supremo: la comunidad cristiana. Multitud de aspectos y posibilidades, dentro de este sector, están

todavía inexplorados. En el actual estado de cosas, sólo puede ser sujeto de meditación personal, de experimentación y de verificación comunitaria.

Concluyo. Con idénticos términos a los que emplea Juan Francisco, sacerdote madrileño, al abordar las características peculiares que debe mostrar de manera sobresaliente el adulto en la fe o catequista de jóvenes:

- ser creador de ámbitos de libertad.
- tener un talante abierto, democrático.
- ser una persona con una gran capacidad afectiva.
- emplear mucho tiempo conviviendo con ellos.
- ser un educador *creativo y con gran capacidad de imaginación.*